La libertad

Leticia de Oyuela*

Bienvenida Quiñonez era pequeña, metidita en carnes, con una carita redonda como de muñequita de barro. Criada por su abuela, conocía todas las artes del hogar, desde los secretos de la cocina y las técnicas primorosas de lavar y planchar, hasta reparar la ropa con parches que no se notan o coser medias y calcetines con la complicada urdimbre de festón sobre festón, puntada llamada «gorrito», único remedio contra esas roturas ingratas llamadas «papas».

A petición de la madre, la abuela de Bienvenida se había encargado de no enseñarle a leer ni a escribir para que no pudiera comunicarse con los novios. Pero tenía que agradecerle al padre Matute que le había enseñado. Gracias a ello se había convertido en una gran lectora de romances franceses y libros de devociones. Muchos los sabía de memoria; sobre todo aquellas bellísimas oraciones a Jesús Crucificado que aparecían en aquellos libritos con dibujos de los divinos rostros de la Virgen María al pie de la cruz, así como el de Santa María Magdalena, enjugando con su cabellera los santos pies del Maestro.

También se gloriaba de su letra menuda y redondita, pero no había tenido oportunidad de escribir con ella ninguna carta de amor porque, a pesar de sus deseos, no aparecía en el horizonte ningún hombre que hiciera temblar el piso bajo sus pies. La rutina en que vivía apenas le permitía ir por las tardes a la iglesia para hacer el Santo Rosario y a la salida conversar con una que otra de sus amigas o parientes, sentadas bajo el falso castaño que derramaba aquella grata frescura de sombra, mientras el sol se acostaba en medio de nubes doradas y, en su reflejo rojizo, dejaba ver los rayos de la Santísima Trinidad.

Ahora Bienvenida estaba ganándose unos centavos como aprendiz en la sala de modas que tenían las niñas Moreira. Con gran ilusión, sus hábiles manos pasaban los pespuntes sobre aquellos tejidos delicados de trajes de novia o de fiesta. Le gustaban los colores pastel: rosas, celestes, y cremosos amarillos. Parecía que se le metían en el alma, produciéndole una especie de ensueño en el que divagaba la mente, tabulando historias, de bellas mujeres y caballeros apuestos que, con bellas palabras, la invitaban al amor. Lo contrario le pasaba con los colores fuertes, el magenta, el azul pavo real, y el amarillo oro, así como el negro y el verde que le ocasionaban un sentimiento de rebeldía, unas ganas locas de llorar y sonarse las narices en aquellos tejidos tan caros que no hubiera podido pagar jamás.

* Escritora hondureña.



GUARDA COM CODIGO DE TRANSITO III

♦♦♦

Así pasaban sus días, solitarios y tristes; lo único que le quedaba era el refugio de sus sueños. Soñaba despierta y dormida. Sueños de la silla y de la cama, del santo en la ventana y la presencia del río, cuyo sonido de fluir constante, incrementaba esa especie de deseo de salir, correr, y hasta volar. Sagrario Méndez y sus primas, María y Elena, la convidaron a pasar la Semana Santa en una granjita que tenían en Guasculile; fue la aventura que centró su vida. Allí conoció al doctor don León Guardiola, un joven alto, macizo, recién llegado de Guatemala graduado en Leyes y a quien los amigos llamaban, con respeto, Guardiolita, para no confundirlo con su célebre antepasado, que murió asesinado en el siglo pasado.

Cada vez que rememoraba su primer encuentro, se enojaba consigo misma porque no se podía perdonar esa timidez que la volvía muda, que la hacía parecer tonta y decir cosas contrarias a las que realmente sentía. Le daba mucha rabia no poder usar las palabras con exactitud, pero tal confusión provenía de la actitud del joven Guardiolita, que la trataba como si fuera una niña de diez años, incapaz de entender. Si no, dejaba entrever un temperamento ligeramente despótico, cuando la trataba como un padre fastidiado a una hija díscola y dura de entendederas.

Sin embargo, fue aceptando sus relaciones con él, gracias al deslumbramiento de su abuela y tías que miraban aquella relación como un verdadero milagro. Decían con toda claridad. «Qué suerte para una muchacha pobre, sin familia que, sin ser exactamente una belleza, aquel hombre tan guapo, de familias principales, se haya fijado en ella con fines matrimoniales. Porque Guardiolita, cuando pidió la entrada a casa, directamente le comunicó a su abuela el deseo de establecer una relación formal que, lógicamente, terminaría en matrimonio.

Esto enloqueció hasta a las señoritas Moreira, quienes fueron las primeras en ofrecerle como regalo de bodas el futuro traje de novia.

En mayo, Bienvenida se casó con el doctor Guardiola. Se fueron a vivir en una casita pequeña, que había sido de su madre, y con apenas tres habitaciones. Presentaba el inconveniente de que en la habitación más grande, destinada para sala, no cabían los libros de su biblioteca y los que, después de ella, eran su único amor. Pasaron la luna de miel temporando en una casita que el doctor tenía en la aldea El Hatillo, donde Bienvenida empezó a enterarse de quien era el hombre con quien se había casado para vivir toda su vida.

Bienvenida recordaba algunos acontecimientos de su luna de miel y sonreía ligeramente ruborizada. La paciencia con que él le explico los orígenes de la ciudad. Aquellos largos paseos, donde él le pasaba el brazo amorosamente por el talle; de repente se agachaba para tomar una flor perdida en el prado, explicándole el nombre o la procedencia, así como la utilidad de sus hojas en la medicina natural. Todo esto sorprendía a Bienvenida, quien nunca imaginó que su marido era un sabio. Por las noches, tendidos en la hamaca, oían el acompasado canto de los grillos y observaban el gran dombo celeste, en el que la luna recorría su camino en una especie de esclavitud nocturna e inveterada. En este escenario, Bienvenida dormía —más bien soñaba— sobre el relajado brazo de su amor.

Después de la luna de miel y ya acomodados en la casita del callejón de La Plazuela, Bienvenida tomó posesión, de acuerdo a su costumbre, dedicada completamente a la limpieza y al cuidado amoroso del hogar. Por las mañanas preparaba aquellos desayunos maravillosos que, cuando Guardiola se levantaba, ya estaban en la mesa sobre un mantel blanquísimo y primorosamente almidonado: los frijoles refritos, las tortillas calientes, la mantequilla escurrida y aquellas empanadas hebrosas de plátano, que al ser mordidas desleían el delicado atolillo que impregnaba el paladar, todo en derredor de la canasta «tumbia» donde se aglomeraban los famosos panes de yema, semitas y galletas recubiertas de la consabida capa de arroz, espejeadas con azúcar y canela molida.

El doctor Guardiola le explicaba, con parquedad, que no debían hacer desayunos tan copiosos, que bastaba con un huevo tibio o escaldado, un par de tortillas con mantequilla y el café negro cerrero acompañado, entre sorbo y sorbo, con una galleta o bizcocho de cacahuate. Esta sugerencia —como cualquier otra— se convertía en un código de honor que Bienvenida cumplía, fragmento por fragmento, marcando la vida del doctor Guardiola y la propia. Porque vivía para el doctor Guardiola, atenta a interpretar el mínimo de sus deseos. Cerraba la ventana cuando el viento soplaba y ella sentía frío presumiendo que él también. Bienvenida se recogía temprano dejándolo en su escritorio donde pa-

con sus manitas regordetas hasta en los dulces momentos de la lactancia y, resabida, abandonaba el pezón para iniciar sus gorjeos, como queriendo establecer una conversación interrumpida con su madre.

A raíz de la llegaba de Violeta, el doctor Guardiola decidió cambiar de casa. Compró aquella antigua casona que entró en almoneda pública, a la muerte del antiguo minero don Felipe Estrada. Era una casa típica, de las muchas de la ciudad, construida con adobes y tejas de barro, en donde la enorme sala que otrora presenciara las fiestas de la familia Estrada Durón, ahora albergaba la gran biblioteca de su marido. Dejaron una habitación para ellos dos y otra para los niños. Amandita, íngrima y sola, se fue a vivir con ellos. Ayudaba en todas las tareas de la casa y le volvió a dar vida al jardín casi perdido. Jardín central donde convivían, en maravillosa armonía, plantas de huerto con arriates pletóricos, lucían su galanura los geranios con la albahaca, los laureles con los naranjos y un rosal, donde de repente los pétalos se desmayaban en un esfuerzo por marcar el tiempo, no sólo con la caída de las hojas, sino también con el compás del piano que la dulce Violeta intentaba tocar, bajo la expectante mirada de la férrea maestra Tilita Idiáquez.

Bienvenida maneja su vida, como siempre, en derredor de su esposo quien, para toda la ciudad era una especie de símbolo de inteligencia y sabiduría. Ahora la madurez le había redondeado el talle más de la cuenta. Había ganado libras, quitándole aquel aire de muchacho, pero incrementando su aspecto de dignidad majestuosa. Ya no era el joven con paciencia de enseñar, sino el erudito frío que rechina ante la ignorancia ajena. Hacia notar el desprecio que sentía por los políticos engreídos y fatuos a los que se veía obligado a servir, lo que hacía que pasara permanentemente de malhumor. Malhumor que llegaba hasta Bienvenida, que se empezó a sentir —como decía Amanda—»como el troncón de ñiques» en el cual descargaba su fastidio y a quien hacía sentir, subterráneamente, como la culpable de todo: si la comida no estaba a tiempo, si caía una gotera en la biblioteca, si el Presidente no trasladaba una partida al ministerio de Relaciones, que si no había fondos e interés para mantener vivo el Ateneo Literario o recibir con dignidad a aquel intelectual español que iba a dictar una conferencia sobre el descubrimiento de América. O, simplemente, porque esa noche no se podía tomar su tazón de leche, porque está se había derramado; había cambiado el café por la leche en la idea de que le ayudaba a conciliar el sueño en aquellos insomnios prolongados que padecía, torturado por las grandes responsabilidades políticas que sufría en ese cargo que, por razones patrióticas, aún buscaba conservar.

También la pobre Bienvenida era culpable de aquellos artículos en que lo atacaban, donde lo acusaban de «caer siempre parado», sirviendo a los gobiernos tanto azules como colorados. Guardiola se quejaba de vivir en un país incapaz de entender que un erudito es un erudito, es decir, un especializado.

Por otra parte, Bienvenida empezó a descubrir que ella también había cambiado y que su esposo ya no era el centro de su existencia. Que su estrella polar eran sus hijos; que ellos ocupaban el antiguo lugar del doctor Guardiola y les mostraba el mundo como antaño él se lo había mostrado a ella. Que él ahora vivía la vida insatisfecho, inconforme, que ya no trabaja por placer, sino por deber. Que sumergido en su egoísmo, les había perdido la pista, la conciencia de existir.

Bienvenida había agarrado la costumbre de suspirar. Sus suspiros eran tan profundos, que parecía dejar a los demás sin aire. Él la regañaba cuando escuchaba esos largos y prolongados suspiros, criticándole su rebeldía contra los médicos. A menudo concluía sus frases —de acuerdo a las informaciones leídas en la revista médica que recibía de París— diciendo que «las mujeres, después de los cuarenta años, se vuelven histéricas y es necesario tratarlas con jarabes de bromuro o laudazo para que recuperen la paz».

En esos momentos, Bienvenida materializaba ese sentimiento larvado hacía muchos años que la asombraba y la aterraba, al pensar si no lo estaba odiando. Pero inmediatamente se consolaba al pensar que lo que odiaba era su actitud, esa idea de creer que lo sabía todo, sentimiento que la hartaba, sobre todo, cuando hablaba de libertad. Últimamente era su tema favorito en discursos, artículos, ensayos, sin ponerse a pensar que la libertad justamente termina donde inicia la libertad del otro y que él, el docto, el sabio, el erudito, había hecho de su hogar un mundo de esclavitud donde todos existían para su servicio, para

su confort. Todos eran marionetas: ella era justamente una colombina, sin criterio, sin opinión, que entona una serenata permanente a la luna que nos ilumina con su luz.

A Bienvenida aún le sangraba la herida de la última vez en que quiso que la advirtiera como mujer. Mujer que le había entregado todo: su vida, su amor, su compañía. Se había puesto bajo su magisterio, sin discusiones, sin aceptación de las renunciaciones, con seriedad, sin caprichos.

Esa tarde, mientras limpiaba el jardín, cortó un inmenso ramo de flores para colocarlo en la habitación y, en un rapto de pasión, recordar los años idos en aquel gran lecho donde se tornaba pequeñita a su lado, sintiendo su instinto protector y el objeto fundamental de su amor. Había disfrutado de esa entrega total en vida y alma y pensó recuperarla mediante una sorpresa. Impulsivamente, tomó las flores, las despetaló sobre el lecho, tapizándolo completamente e invadiendo la habitación de un olor gratísimo.

Ella sabía que el tenía una reunión tormentosa en Casa Presidencial. Este acto de amor, esto de recibirlo con el lecho cubierto de pétalos deshechos en su propio olor, era un símbolo, un código secreto para retomar la vida. Más bien el camino para volverse a amar, para enfrentarse juntos al mundo y a su crueldad.

Ella lo esperó adormilada. Cuando llegó, ni siquiera advirtió los pétalos, amorosamente derramados sino que, con grito estentóreo, preguntó que si no había quien hiciera decentemente una cama. Contempló como, con la almohada limpiaba la cama tirando los pétalos al piso, donde languidecieron marchitos, al igual que su fantasía de amor.

Después del largo padecimiento de Amandita, que la llevó a la tumba, Bienvenida tuvo que hacer acopio de su valentía para no advertir la frialdad con que su esposo había interpretado el doloroso suceso. Para colmo de males, los acontecimientos políticos tomaron un terrible cariz con la amenaza de otra guerra civil que sumiría al país, de nuevo, en otra crisis de orfandad y violencia. La actitud del doctor Guardiola se precipitó frente a la incertidumbre del futuro.

Así fue como, un día inesperado, le advirtió que era necesario tener las maletas hechas, que empacara lo más necesario y que el saldría esa misma noche fuera del territorio nacional. Inmediatamente, Bienvenida preguntó que iba a ser de ellos a lo que, incómodo, respondió que podía hacer lo que le diera la gana, que él le había dado suficiente libertad para que escogiera su destino. Bienvenida sintió el calor de las lágrimas, inundando sus ojos y pensó: «no debo llorar». Los niños, alarmados, armaron una algarabía enterados instintivamente del momento de tensión que sus padres estaban viviendo. Nervioso, el doctor Guardiola le espetó: «Quíteme esos niños de encima y usted, déjeme en paz».

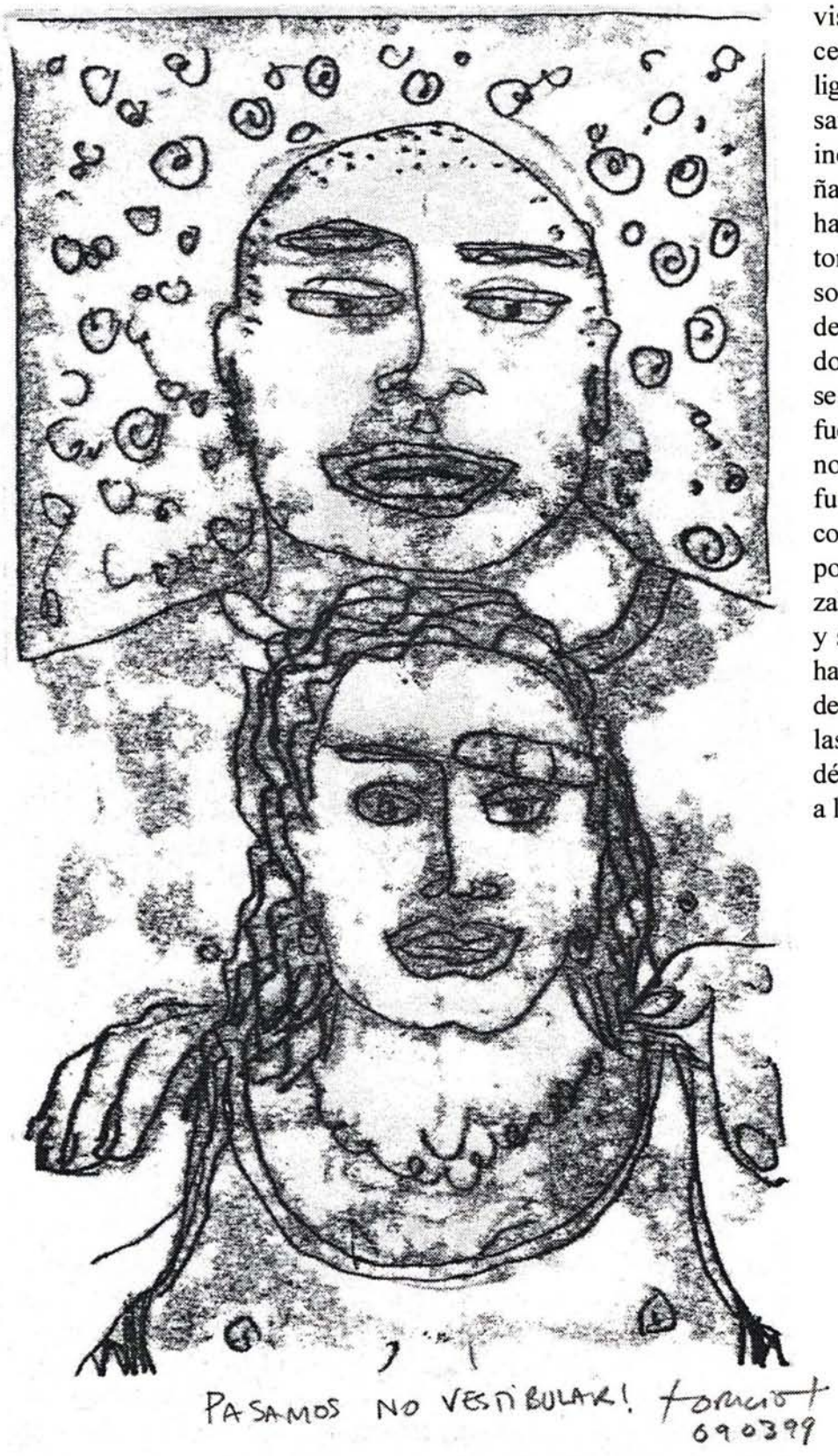
Bienvenida, firme en su puesto y sacando fuerzas de una disciplina interna, que ya era una costumbre, lo vio marcharse a media noche. En compañía de un hombre de confianza llevaba, detrás de los caballos, una mula de paso cargada no sólo con algunos paquetes de libros, sino con las maletas donde iba perfectamente acomodada su ropa, siempre limpia y bien planchada. Enjugándose una lágrima furtiva, Bienvenida lo vio partir.

A partir de ese momento, la vida de Bienvenida no fue fácil. Parecía que todo se complicaba; el exiguo presupuesto de la mujer sola se hacía evidente, dañando fuertemente su salud mental. Se sentía presa de un complot: todos querían engañarla. El mayordomo de la pequeña hacienda de Tusterique dejó de enviar vituallas en sus visitas semanales y aparecía con puros pretextos: que el gusano se comió el frijolar, que la vaca parida se paró encima del ternero recién nacido sofocándolo, que el gavilán se comió las gallinas. Y el colmo de los colmos fue cuando, en Navidad, no pudo llegar a casa ni con los verdes acostumbrados, porque los pinos estaban llenos de gorgojos. Como corolario de esa situación desesperante, cada vez que llegaba el hombre quería que le pagara su sueldo, más una cantidad adicional, a fin de resolverle el problema de la siembra y la cosecha.

Manuelito, que ya había cumplido los catorce años, se convirtió en un adolescente díscolo y alzado. A partir de la ausencia de su padre daba malas respuestas, era haragán y descuidado, no cumplía con sus deberes y, para colmo, llegaba tarde a casa con evidente olor a trago. Solo Violeta era la misma, tal vez un poco profundizada su melancolía habitual, con aquella dulzura exagerada en una personalidad poco comunicativa.

Allí estaba ella, llena de conflictos y en medio de una gran zozobra, ahora libre del yugo y de la

♦♦♦



visión ordenancista, o más bien centralista. Por las noches, un ligero insomnio la obligaba a pensar si de verdad era una inútil, incapaz de manejar una pequeña familia de tres, o si más bien había perdido la costumbre de tomar decisiones y manejar personas en aquel constante habito de solo saber el espacio limitado de sus deberes, sin integrarse a una visión de la totalidad. Así fue como empezó a echar de menos a su doctor Guardiola. Una fuerte nostalgia, un cansancio corpóreo la invadía —sobre todo por las noches— cuando analizaba los acontecimientos del día y se llenaba de miedos. Miedo hacia el porvenir, miedo frente al destino, miedo a la soledad. Y por las madrugadas, al sentirse tan débil, casi abandonada, se ponía a llorar. ♦